



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOBRE LA
UNIVERSIDAD Y LA EDUCACIÓN

Hidalgo Pego, M. (2020).
José Ignacio Bartolache y sus instrucciones para la cura de las
viruelas epidémicas. Ciudad de México, 1799.
En H. Casanova Cardiel (Coord.), *Educación y pandemia: una
visión académica* (pp. 233-240). Ciudad de México:
Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de
Investigaciones sobre la Universidad y la Educación.

**José Ignacio Bartolache y sus instrucciones
para la cura de las viruelas epidémicas.
Ciudad de México, 1799**

Mónica Hidalgo Pego

Desde 1520, en pleno proceso de conquista del territorio mesoamericano, las enfermedades europeas hicieron su aparición, diezmando rápidamente a una población carente de anticuerpos que la defendieran de infecciones como la gripe, el sarampión o la viruela. Los padecimientos introducidos ocasionaron diversos brotes epidémicos en la época virreinal, siendo la viruela la más mortífera, ya que se contagiaba de forma rápida y sencilla. En el siglo XVIII, las epidemias de viruela fueron constantes; la primera se registró en 1707 y la última en 1798, y aunque todas causaron graves estragos, no se comparan con los daños ocasionados por la de 1779-1780.

En el combate a las epidemias participaron diferentes actores, como la Iglesia, las autoridades civiles y los gremios dedicados al cuidado de la salud. Los médicos, además de atender a los enfermos, se ocuparon de escribir textos científicos o periodísticos relativos a las enfermedades y sus tratamientos, tal fue el caso del médico guanajuatense José Ignacio Bartolache.

La epidemia de viruela de 1779-1780

Las primeras manifestaciones de la enfermedad se dieron en la Ciudad de México hacia el 20 de agosto. Un mes después, las autoridades civiles y sanitarias proclamaron de manera oficial la epidemia, que alcanzó su pico más alto de infectados y fallecidos en el mes de noviembre. El brote comenzó a disminuir en diciembre y dejó de representar un peligro para la capital de la Nueva España en enero, por el reducido número de contagios y defunciones.

En los cerca de 100 días que duró la epidemia, hubo 45,000 infectados entre niños y adultos, y las defunciones alcanzaron la cifra de 10,706. Estas cantidades corresponden únicamente a la Ciudad de México, aunque la enfermedad se extendió a otros lugares como Puebla, Chiapas, Zacatecas, Michoacán, Jalisco y Oaxaca.

Poco tiempo después de los primeros contagios, los religiosos hospitalarios de San Juan de Dios, que atendían el hospital de Nuestra Señora de los Desamparados, se dieron cuenta del creciente número de infectados, por lo que, mediante una representación, notificaron al virrey Martín de Mayorga sobre la epidemia, además de solicitarle ayuda para atender a los enfermos. El documento de los juaninos fue entregado al ayuntamiento, quien después de examinarlo emitió el 15 de octubre un decreto en el cual se disponía que la ciudad proveería al hospital de sus rentas y dinero, 100 armazones de cama, con igual número de colchones, 100 cobertores y hasta 400 sábanas, además de algún dinero para ayudar a la compra de alimentos. El hospital recibiría diariamente 10 pesos, los cuales se obtendrían de los billetes repartidos por el ayuntamiento a las personas aco-

modadas de la ciudad para que contribuyeran con lo que les dictase su piedad.

Otras providencias contenidas en el decreto fueron las de erigir uno o dos cementerios para sepultar los cadáveres infectados, practicar inoculaciones a quienes voluntariamente quisieran, recaudar más fondos para la asistencia de los enfermos pobres, así como encomendar a algunos vecinos de honor el cuidado de éstos en los barrios carentes de apoyo o cuando no había posibilidades de trasladar a los contagiados a un hospital.

Las resoluciones tomadas por el ayuntamiento fueron remitidas al virrey mediante oficio; en respuesta, Mayorga envió un escrito en el que disponía que los vecinos debían ir acompañados del párroco o sacerdote más distinguido de cada parroquia, para visitar diariamente a los enfermos y coleccionar con los residentes algunos donativos. Con respecto a la creación de cementerios, aceptó la propuesta y agregó que en ellos o en parajes alejados se quemaran los tules donde se envolvía a los muertos, así como los petates y frazadas ocupadas por los enfermos, para impedir el progreso de la epidemia. Otra medida apoyada por Mayorga consistió en la publicación del folleto escrito por Bartolache. Como se puede observar, el ayuntamiento fue el actor principal en la estrategia sanitaria para combatir la enfermedad.

Las Instrucciones de Bartolache

El doctor José Ignacio Bartolache (1730-1790), quien había sido catedrático de Matemáticas y Medicina en la Real Universidad de México, contaba con algunos escritos dedicados

a cuestiones médicas, los cuales fueron publicados en su periódico *Mercurio Volante* entre 1772 y 1773. La epidemia de viruela que azotaba a la Ciudad de México lo llevó a escribir sus conocimientos, experiencias y consejos sobre este padecimiento en un texto titulado *Instrucción que puede servir para que se cure a los enfermos de las viruelas epidémicas*. El manuscrito, presentado al virrey, fue enviado al cabildo en septiembre para que diera su parecer. Una vez revisado, el ayuntamiento lo aprobó por considerar que los remedios físicos que proponía resultaban acordes con los temas consultados y aprobados por Mayorga. El texto, pagado con recursos del cabildo, se editó en 1779 en la imprenta de Felipe de Zúñiga y Ontiveros; consta de una introducción y tres puntos: “¿Qué son las viruelas?”, “¿Cómo se curan bien las viruelas?” y “¿Cómo se curan mal las viruelas?”.

El folleto estaba dirigido principalmente a la gente pobre que no contaba con recursos para acudir a un médico u hospital, o a las boticas de la ciudad para comprar medicamentos. Por tanto, el impreso tenía como finalidad ofrecer a dicho sector de la población algunas instrucciones para reconocer el padecimiento, curar a los enfermos e impedir su propagación. El texto, según palabras de Bartolache, estaba escrito en un lenguaje simple para que el pueblo lo entendiese y para facilitar aún más su comprensión dividía sus explicaciones en cláusulas breves. Antes de desarrollar cada cláusula, el autor solicitó al público creer en sus palabras, pues era médico graduado y ex profesor de Medicina en la universidad.

¿Qué cosas son las viruelas?

En primer lugar, Bartolache hacía saber al público que la viruela no era una enfermedad, sino un remedio de la naturaleza para purgar y evacuar cierta cantidad de mal humor sacado del seno de las madres. Por tanto, en las mujeres, los niños y las personas flemáticas y de naturaleza húmeda, las viruelas no engrosaban tanto, pero en los hombres maduros, cálidos, resecos y con capacidad natural para cicatrizar sus heridas, si sucedía.

Aclaradas las causas del mal, el médico describía las viruelas: unas eran las llamadas locas y se distinguían por ser pocas, gordas y salteadas; las otras eran las de mala casta, por resultar generalmente fatales, y se diferenciaban de las anteriores por ser tupidas, pequeñas y purulentas, en especial si tenían un olor fétido o no producían pus blanca o medio amarilla. Luego exponía el desarrollo del padecimiento: en tres o cuatro días salían las primeras viruelas, siendo menos peligrosas si tardaban más tiempo en aparecer; en otros tres o cuatro días terminaban de salir, y en los siguientes cinco o seis días segregaban un líquido y maduraban. Para evitar el contagio, que era de persona a persona, el médico aconsejaba el uso de vinagre fino aplicado en la boca y la nariz, y para el estado mental recomendaba tener buen ánimo y eliminar los comportamientos aprensivos.

¿Cómo se curan las viruelas?

En esta parte del folleto, Bartolache detalla el tratamiento a seguir durante cada etapa de la enfermedad. La primera

iniciaba con fiebre y vómito; para paliar dichos síntomas sugería beber agua tibia con sal y plumas, provocarse posteriormente el vómito, y hacerse una o dos lavativas con agua de malvas, endulzada con miel de abeja. Después de las lavativas, el paciente debía ingerir un cuarto de agua caliente a sorbos, taparse y acostarse extendido. La siguiente infusión se preparaba con agua, flor de amapola o de borraja, salitre refinado o sal de grano; ésta podía beberse a cualquier hora y en la cantidad deseada. Para los niños con convulsiones, indicaba frotar de forma suave el cuerpo en seco o con aceite común u otro que no estuviera rancio.

En la segunda etapa disminuía la fiebre y empezaban a brotar las viruelas. Sus remedios iban dirigidos, en primera instancia, al cuidado de la garganta y los ojos; para la garganta aconsejaba hacer gárgaras con vinagre o atole agrio, y para los ojos utilizar agua pura. En segunda instancia, exhortaba a mantener aseado el lugar donde estaba postrado el enfermo, evitar las bebidas de botica y las visitas. La alimentación, como al comienzo de la enfermedad, debía consistir únicamente de atole.

Cuando las viruelas ya estaban gordas y comenzaban a supurar, iniciaba la tercera etapa del padecimiento. Para disminuir el tiempo de secreción, el autor proponía untarlas con aceite vulgar, de almendras dulces o de ajonjolí, lo cual ayudaba con la comezón.

La última etapa era reconocible porque las viruelas ya habían madurado y era momento de pincharlas una a una sin tocar la carne de abajo o apretarlas con un hilo suave, limpiando luego el pus. En esta fase el doliente podía agregar a su dieta migas con sal, peras y manzanas cocidas; la curación terminaba con un purgante suave. Según Barto-

lache, las instrucciones para eliminar las viruelas maduras era un remedio eficaz para disminuir los días de convalecencia y para evitar las cicatrices que afeaban el rostro.

¿Cómo se curan mal las viruelas?

El médico indicó en este punto tres errores cometidos en los tratamientos contra la viruela: el primero era la realización de demasiadas sangrías al paciente; el segundo, la ingesta de medicamentos diferentes cada día, y el tercero, dejarse llevar por personas ignorantes a quienes les encanta expedir recetas.

Epílogo

La descripción de Bartolache sobre el origen de la viruela se apegaba a la vieja teoría humoral de Hipócrates y a la teoría de los temperamentos de Galeno, desarrollada sobre las bases del primero. Los humores eran cuatro: sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra. A éstos les correspondían cuatro cualidades: tibio, frío, húmedo y seco, e igual número de temperamentos: sanguíneo, flemático, colérico y melancólico. Dichas teorías, aprendidas en sus años de estudiante universitario, perduraron hasta el final de la centuria e incluso en parte del siguiente siglo. Pese a su pervivencia, desde fines del siglo XVIII comenzaron a darse algunos avances en el conocimiento sobre el origen de las enfermedades, alcanzando su punto más relevante con la teoría microbiana del último tercio del siglo XIX, la cual proponía que los mi-

crorganismos eran la causa de una amplia gama de padecimientos infecciosos; esos microbios podían ser bacterias, hongos o virus, como la viruela.

Al describir la enfermedad y su desarrollo, Bartolache la llama simplemente viruelas que engrosan, supuran y maduran. Con el trascurso del tiempo, a lo que él llamaba viruelas se les identificó como máculas o manchas rojas; al engrosamiento se le denominó pápula, es decir, lesión elevada y sólida llena de pus; a la supuración se le conoció como úlcera, y a la madurez como costra. El proceso de la enfermedad iba más allá de los seis días, pues duraba 14 aproximadamente.

Los tratamientos propuestos por el ex catedrático no diferían de los dados por otros médicos, aunque hoy se podrían considerar como remedios caseros o recetas de la abuela. En esta cuestión, la ciencia no avanzó, pues no existe un medicamento para la viruela, aunque en el tiempo que vivió Bartolache se creó la primera vacuna para la enfermedad, pero la gente no la aceptó por miedo. Fue 25 años después, gracias a la expedición filantrópica ordenada por el rey, que se pudo vacunar a un número considerable de personas.

En la actualidad, con la aparición de la pandemia de COVID-19, los científicos, guardando su distancia, se parecen un poco a Bartolache, a sus contemporáneos y a los hombres que les sucedieron, al tratar de descubrir el origen de la enfermedad, los tratamientos para combatirla, pero, sobre todo, una vacuna para erradicarla.